

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes.	4 reales.
Por tres id.	11 »
Por seis id.	21 »
Por un año.	40 »

Sale los miércoles y sábados: venta pública los jueves y domingos.

La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes

ADMINISTRACION Y REDACCION,
Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripción cuyo importe no se reciba con el aviso, en libranza ó sellos. La correspondencia, al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Número suelto, CUATRO CUARTOS.

GIL BLAS

(SEGUNDA ÉPOCA)

PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, en la Adminis-	15 reales.
tracion.	
Por seis id.	28 »
Un año id.	50 »
ESTRANJERO, tres meses.	30 »
ULTRAMAR, un año.	6 pesos.

Se suscribe en la Habana:—*Propaganda literaria*, calle de la Habana, núm. 100.

ADMINISTRACION Y REDACCION,
Huertas, 10, principal.

Toda suscripción hecha por comisionado costará un real más en Madrid y dos en provincias.

LO QUE CORRE POR AHÍ.

Si alguna vez me propusiera yo ser exacto con el epígrafe que lleva este artículo, no me faltarían ocasiones de rendir culto á la verdad.

Sin ir más lejos, en estos últimos días el dios Neptuno ha venido en mi auxilio.

¿Qué es lo que corre por ahí? Agua.

El invierno está más perezoso que nunca: marzo se nos muestra todo lo variable á que tiene derecho desde que Dios le concedió el poder de manejar á su capricho los vientos.

Sin embargo, este año muestra particular predilección por el agua.

Buscando noticias he salido por esas calles, con el ánsia propia del que no ha podido salir durante algunos días, realizando de todas veras el pensamiento de la comedia de Eguilaz, titulada *Quiero y no puedo*.

La distancia lo embellece todo; la prohibición engendra deseos ardientes, apetitos desordenados, ansias desconocidas.

El café Suizo, desde la soledad de mi cuarto—¡y qué cuarto!—me parecía un paraíso, y el apreciable Sr. Mayer, jefe de la repostería, tomaba en mi imaginación la forma de un dios de la mitología. Yo le veía

*extenderse, crecer, tocar los dulces
y en la copa de ajeno hundir la planta.*

Vosotros asistís muchas veces al teatro, y salís triunfando porque un actor se equivoca, porque un chiste os parece verde, porque la acción de la comedia marcha lenta, porque el gas alumbrado poco...

¡Egoístas! Yo os envidiaba esa tortura, que para mí hubiera sido una felicidad mayor que la que siente Arderius cuando le dice el pacífico-vendedor de billetes:—Ya no hay butacas.

No os hablo ya de la calle de Alcalá, de la Puerta del Sol ó de las Cuatro Calles, porque esos lugares me parecían otros tantos olimpos.

¿Conocéis el callejón del Perro?

¿Habeis pasado de noche por la travesía de la calle de Sevilla?

Al llevar una carta al buzón de Correos, ¿respirásteis por casualidad los incomprensibles aromas que se desprenden de aquel estrecho callejón, en forma de ataúd, que arranca de la calle de Carretas?

Pues esos sitios los veía yo con el mismísimo placer que Garcilaso debió experimentar cuando describió los placeres del *cercado ageno*.

Hoy salgo por esas calles, y observo con dolor que ya ha desaparecido el encanto. Volvamos al tiempo.

Llueve por la mañana, por la tarde y por la noche, —hasta con sol y sin nubes.

Lo más notable de las cosas que hoy corren por ahí, lo confieso con cierto rubor, han sido las murgas, que celebraban en cada calle, ó más bien en cada casa, el nombre de un D. José ó una doña Josefa.

Esta ha sido la novedad que ha puesto en movimiento á los vecinos de Madrid.

Los Josés abundan que es un alabar á Dios, y sin presumirlo siquiera, dos murgas vienen á mi puerta

haciendo gala de su desafinación. ¡Cielos! en mi propia casa hay dos Josés.

De todos los sistemas que se han inventado para pedir limosna no hay uno tan perjudicial como la murga.

La murga no toca música, ni celebra la alegría de los demás.

La murga huye de los sitios en que la gente se divierte.

Ni en Chamberí por la tarde, cuando las criadas y los soldados se lanzan á la jota aragonesa con desesperado afán hasta que sudan á torrentes, ni en San Isidro, ni en ninguna fiesta ó romería verán Vds. una murga.

¿Y por qué?

Porque la murga es la traición musical emboscada en las sombras de la noche.

El murguista lleva sombrero de copa, instrumento de viento y poco aire en los pulmones. Su destino es soplar, y fallándole fuerzas, se esconde en un portal temiendo una pedrada.

Figuráos una noche oscura, una calle sucia y un silencio de poco dinero...

De repente, cinco instrumentos os obligan á dar un salto.

—¡Ya está ahí!

—¡Dios mio, la murga!

Y todos corren asustados como si hubiera terremoto... Los vecinos se asoman escandalizados á los balcones, los chiquillos lloran, los perros ladran, la naturaleza, en fin, se perturba.

Y un José que es la causa de todo, procura ponerse bien con la humanidad alborotada, y da seis ú ocho reales á la murga *para que calle*.

Y todo vuelve á su primer estado.

Luis Rivera.

TEATROS.

ZARZUELA: *Quiero y no puedo*, comedia en tres actos, en verso, de D. Luis de Eguilaz.

Con razón ó sin razón, desde que el mundo es mundo están declamando los hombres contra el lujo y sus consecuencias. No hay autor moderno ni antiguo que no haya disparado contra él su correspondiente saeta en prosa ó verso. Famoso se hizo en cierta ciudad muy conocida el capellan de un presidio, cuyas homilias estaban de ordinario fundadas en este asunto interesante; y no hay para qué decir si el tema venia pintiparado á un auditorio vestido de paño burdo y alimentado de judías secas.

La voz de un célebre orador rejuveneció dos años há en el Senado francés este tópico antediluviano, poniendo á la órden del día el miriñaque y sus adherentes. La prensa recogió, desmenuzó y examinó de mil maneras el tema desenterrado por la tribuna; de todas partes llovieron argumentos y sofismas; al fin la opinión pública, largo tiempo indecisa, tomó partido por la economía contra el despilfarro; se reprobó la ostentación, se condenó el fausto, se anatematizó el boato: despues de lo cual, siguió el lujo tan desmedido como siempre y el miriñaque tan desaforado como antes. No es mucho que tal sucediera. *Quidquid principes faciunt præcipere videntur*.

El teatro, que tiene por costumbre defender los plei-

tos ganados y triunfar de los enemigos vencidos, ha recogido á su vez la tesis. Y ved aquí que á fines de 1866 principió Dios á llover comedias sobre el tema restaurado por Dupin á principios ó mediados de 1865. No faltará quien se acuerde todavía de una intitulada *Hoy*, representada por Navidad en el teatro del Príncipe. Méenos memoria se necesita para recordar otra que, arreglada del francés con el título de *Volar sin alas*, ha durado casi una semana en la calle de Jovellanos. Ambas atacan el lujo y recomiendan la parsimonia, cada cual á su modo, y cualquiera puede llevar el título de *Quiero y no puedo* con más propiedad que la estrenada el sábado en el teatro de la Zarzuela.

Para proceder con justicia, bueno será comenzar reconociendo que en la última obra del Sr. Eguilaz, como en todas las suyas, hay sobra de talento, de pericia escénica y de originalidad, á pesar de su analogía con las dos citadas.

Alguien le ha echado en cara, *sotto voce*, esta semejanza de miras (más aparente que real). Pero quien conozca las tres obras, verá que la de Eguilaz nada debe á la de Sardou, y méenos á la de Marco. Aun sin saber que *Quiero y no puedo* estaba terminada y corriente antes de darse á luz el original de *Volar sin alas*, los antecedentes del autor debían salvarle de toda sospecha en este punto. Bueno ó malo, cuanto sale de su pluma es suyo, —dramáticamente considerado. Apoderarse de una idea vulgar, coger un pensamiento comun, dramatizar una tesis de dominio público y desenvolverla en forma original, eso es lo más á que ha llegado el Sr. Eguilaz, y eso es tambien lo que han hecho todos los grandes poetas cómicos desde Aristófanes hasta Moliere y desde Menandro hasta Moratin.

Por lo demás, la obra del Sr. Eguilaz, original de todo punto en cuanto á los elementos dramáticos, poco tiene que ver con la de Sardou, aun considerada en cuanto al pensamiento fundamental;—y pronto vereis que no lo digo en son de alabanza.—¿Qué ha hecho el autor francés? Pintar la ruina que lleva consigo no el lujo, que segun sus palabras es la expansion natural de la riqueza, sino la ostentación, que es su ridícula parodia.—A juzgar por el título, eso mismo, sin quitar ni poner tilde, ha pretendido hacer el poeta español. Pero en el caso presente, del título á la obra media tanta distancia como del dicho al hecho.—Por ahí flaquea precisamente la comedia.

«Quiero y no puedo» es la frase vulgar con que zaherimos al hombre vano que saliéndose de su esfera pretende hacerse

«Igual á sus superiores,
superior á sus iguales;»

que atormentado por el afán de lucir, gasta más de lo que tiene, contrae deudas, vive de la trampa, estira, como dicen, la pierna más allá de donde llega la sábana, vive esclavo del «qué dirán,» aplica remiendos á la honra, da pistos á la vanidad y acaba por fin mostrando, bajo la piel del leon, la miserable oreja del pollino. Eso es «querer y no poder.»—Pero desde el punto en que el autor nos presenta por protagonista de su acción á un banquero que gana millones como otros ahorran ochavos, ya no cae bien el dicitario popular de «quiero y no puedo» ¡Por amor de Dios! Sr. Eguilaz: si Fernando no *puede* ¿quién ha de *poder* en el mundo? No troquemos los frenos: no leamos á César *El Amigo de los Niños*, ni apliquemos á Rostchill las máximas económicas escritas para uso particular de nuestro portero. Lo que en unos es desvario en otros es grandeza de ánimo, y entre D. Quijote y Carlos V no hay más diferencia que el cetro del mundo.

Convengamos en que Fernando *quiere* y *puede*. Si al cabo da en tierra con su fortuna, no es porque gasten

lujo su mujer y sus hijas; es porque le sale mal una de sus operaciones, como á Napoleon le salió mal una de sus batallas, como al Sr. Eguilaz le ha salido mal una de sus comedias. Esos son los percances de cada oficio. Para hablar de ellos decimos en castellano que «á quien cuece y amasa de todo le pasa.» Pero lo que es la moral del «quiero y no puedo» viene aquí como por los cerros de Ubeda.

Así, pues, el autor que, á juzgar por el título, se proponía pintar las miserias de la vanidad, solo pinta los descalabros de la ambición.—Aun con este asunto se podía escribir una buena comedia; ¿qué digo? escrita está, y bien escrita: supongo que no necesitaré recordaros *La Bourse*, de Ponsard. Algo parecido hay en la obra del señor Eguilaz, pero presentado confusamente y revuelto con otros elementos que le quitan importancia. La moraleja del título sale á cada paso traída por los cabellos, y el autor descarga sobre el lujo los azotes que de derecho corresponden á la ambición.

Este defecto capital, aunque el más grave, no es el único de la comedia. La indeterminación del pensamiento fundamental redundando en inconstancia de los caracteres principales. No sabiendo el autor lo que quiere decir, mal sabrán los personajes lo que deben hacer.—¿Habeis observado alguna vez las grotescas alteraciones que sufre la figura de los transeuntes mirados por un vidrio desigual de esos que tanto abundan en los balcones de Madrid? La mayor ó menor densidad del cristal saca de quicio las facciones, aumentando unas, disminuyendo otras, desfigurándolas todas, y esta desproporción varía sin cesar á cada movimiento del observador y á cada paso del observado. Algo parecido acontece con los personajes del Sr. Eguilaz, vistos al través de aquel argumento desigual y heterogéneo. Segun el punto de la acción en que aparecen, así predominan en ellos tales ó cuales prendas características.—Claro es que un solo afecto no constituye un carácter, como una sola facción no constituye un rostro. Pero por complicada que sea la índole de un hombre, preciso es que sus cualidades malas y buenas guarden una proporción constante: *sibi constet*.—¿Cómo conoceríamos á las personas si cada cinco minutos les crecieran las narices ó les menguaran los ojos? Pues de ese *proteísmo* adolecen los personajes del Sr. Eguilaz. Ved á Eugenio: ¡qué ladino, qué astuto, qué truhan! Con su cháchara y su boato trae atolondrado á medio mundo, y para llegar al logro de sus afanes, solo necesita guardar una semana, quizá una noche sola, el secreto de su título fingido y de su fingida riqueza. ¿Quién sospecharía que en el punto más crítico aquel Talley-

rand microscópico había de confesar por mero desahogo todos sus secretos al hombre que ménos confianza debe merecerle y que más desazones puede acarrearle!—Ved á Sofia: ¡la quereis más vana, más derrochadora y más indiferente á los cuidados de su marido? Pues esperad un poco, y en el tercer acto la vereis vuelta de revés como una media, hecha un modelo de esposas y madres. De los dos usureros no quiero hablaros: ni el Sr. Eguilaz puede haber pretendido ofrecerlos al público en concepto de caracteres, ni el público se los admitiría siquiera en concepto de caricaturas. La figura que, á pesar de sus inherencias, se desmiente ménos hasta el final es la de Fernando; pero el mejor rasgo de su carácter estuvo á punto de perder la obra, gracias á la exageración con que lo presenta el Sr. Eguilaz y al desacierto con que lo interpreta el Sr. Casañer. Hablo del momento en que el banquero arruinado, despues de maldecir los negocios, vuelve á soñar con millones, y sociedades, y empresas, y agios, al saber que su yerno posee un monte cuyos productos, bien administrados, apenas bastan para mantener con decencia una familia. Alguien que ha visto la segunda representación me asegura que en ella se suprimió este desarrollo de carácter.

Y ved ahí patente en un solo hecho todo el sistema del Sr. Eguilaz: halagar el gusto del público, satisfacer los caprichos del público, transigir con las preocupaciones del público, solicitar á todo riesgo las sonrisas del público y evitar á toda costa los silbidos del público. Si para contentar á la *bestia fiera* se necesita sacrificar la verdad, sea enhorabuena: ¡muera el arte y sálvese la comedia!—Esta flaqueza, disculpable en otros, es intolerable en Eguilaz por más que á ella deba alguna de sus numerosas victorias escénicas.—Por mi parte no le envidio su penúltimo triunfo ni su última *capitulacion*: el dios Exito no es mi divinidad favorita, y una silba injusta me parece mejor que veinte aplausos condicionales.

Federico Balart.

QUIERO Y NO PUEDO.

Quiero tener un millon
y una casa en Chamberí,
y un caballo, y un tití
del tamaño de un raton.
Quiero que nadie me ofenda,
y que ninguno me tosa,
y que ni el sastre me cosa,
ni la justicia me prenda.

—¡Y le llama Vd. mina, padre desnaturalizado!
—Hombre, ya me está Vd. cargando con eso de padre. Sírvale de gobierno que soy viudo.

—¿Desde cuándo?
—Desde hace quince años.
—Esto merece otra copita.
—Veo que no le desagrada á Vd. el vino.
—Las circunstancias. Yo no bebo más que por las circunstancias, caballero.

—¿Y durarán mucho las circunstancias?
—No. Mientras se arregle este asunto, porque yo soy muy moral, muy morigerado de costumbres, y me conmueve lo que voy descubriendo. Agradecería á Vd. que también bebiese una copita.

—Le daré á Vd. gusto... pero nada más que una, porque soy flojo.

—No lo creo así. En fin, al grano. Conque quedamos en que Vd. es viudo. Muy bien. ¿Y por qué no se ha vuelto Vd. á casar?

—¡Yo casarme; yo, que no puedo ver á las mujeres! Calle Vd., hombre, y no diga heregias.

—A otro perro con ese hueso.
—Le digo á Vd que no puedo ver á las mujeres, ¡Cómo se conoce que no trató Vd. á mi difunta! ¡Si viera Vd. lo que pasé con ella! No quiero hablar de esto porque me vuelvo un jabalí.

—Mejor es que hablemos de lo presente.
—Es verdad. ¿Trae Vd. eso en regla?

—Sí señor, y buen trabajo me ha costado. Las nodrizas son el demonio.

En varias ocasiones, D. Longinos se había quedado con la boca abierta oyendo á Joaquin, al que creyó en un principio agente de negocios; pero á medida que este hacía referencia al niño, si bien al pronto no le extrañó el lenguaje, iba cada vez presentándole más turbio el asunto.

Quiero que en bien como en mal,
de todo me importe un bledo,
pero ¡ay! ¡ilusión fatal!
Quiero y no puedo.

Quiero marcharme á Paris
convertido en personaje,
y quiero para ese viaje
algunos maravedis.
Quiero no pasar de jóven
para evitarme cuidados,
y tener mucho criados
á riesgo de que me roben.
Quiero recorrer el mundo
desde Bruselas á Yedo,
pero, ¡ay! ¡delirio infecundo!
Quiero y no puedo.

Quiero siempre buen humor,
buena mesa, buena cama,
y en el hogar buena llama
aunque me abrase el calor.
Quiero de dicha un tesoro
con la mujer que idolatro,
y dar piezas al teatro
como *En las astas del toro*.
Quiero que ningun truan
piense que me mamo el dedo;
pero ¡ay! ¡inútil afán!...
Quiero y no puedo.

Quiero que nadie me pida
lo que dar fuera locura,
y quiero que la ventura
me dure lo que la vida.
Quiero de mi nombre en pos
dejar eterna memoria,
y quiero el cacho de gloria
que á los buenos guarda Dios.
Quiero tener tal nariz
que huela cualquier enredo,
pero ¡ay! ¡destino infeliz!
Quiero y no puedo.

Quiero, en fin, mi voluntad
hacer en todo y por todo,
para ver si de este modo
acredito mi bondad.
Quiero al bueno dar amparo,
y al bribon darle *catite*,
pan al que lo necesite,
palo al que lo venda caro.
Quiero sin turbar la paz
decir la verdad sin miedo,
pero, ¡ay! ¡quimera falaz!
Quiero y no puedo.

M. del Palacio.

AVENTURAS DE UN RECIEN NACIDO (1)

(Continuacion.)

—Cosa muy sencilla... Un simple viaje á Ocaña, y luego á Carabanchel...

—¡Ocaña y Carabanchel! ¿Pues no está en Hiendelaencina?

—No señor.

—Yo creía... ¿Y qué tal? ¿Conocía Vd. el filon?

—¿El filon?... (¿Pues no llama filon á su hija?)

—¿Y es verdad que vale tanto?

—Eso cada cual lo aprecia segun el parentesco...

—¿Acaso no está en buen terreno?

—Sí, pero como los padres son tan exagerados en su cariño...

—¿Qué tienen que ver los padres con ese tesoro?

—Toma, que todo tesoro de esa naturaleza tiene su padre...

—Vamos, querrá Vd. decir un dueño.

—Dueño ó padre; ¿ó no es Vd. más que el dueño?

—Uno de ellos.

—¡Uno de ellos! ¿Pues cuántos son Vds.?

—Somos veinte sócios.

—¡Ave-María Purísima!

—¿De qué se extraña Vd.?

—Caballero, dijo Joaquin poniéndose de pié, lo que usted acaba de decir es muy fuerte, y no me atrevo á continuar sino despues de haber bebido otra copita de Jerez.

—Beba Vd. lo que quiera.

—Quién lo había de decir... Un hombre de su edad...

—Mi edad no se opone al cultivo de esa mina.

(1) Véase desde el número 41.

Las copas que había bebido contribuían á formar la nube que iba turbándole por grados.

Mientras las palabras podían tener un sentido acomodado, aunque por los cabellos, al negocio de las minas, la atención de D. Longinos no se perturbaba grandemente.

Pero así que oyó la palabra nodriza, dió un salto hácia adelante, encandiló los ojos, y dijo á Joaquin:

—Caballero, vamos claros: ¿Vd. está en su juicio?

—Si creará Vd. que con unas gotas de Jerez basta para que yo pierda el sentido.

—Es que lo que Vd. me dice tiene tres bemoles.

—Más tiene lo que Vd. me ha dicho, y me he callado.

—Pues ¿qué he dicho yo?

—Que es Vd. viudo, que tiene Vd. veinte sócios... etc., etc... ¿Cuando yo creía á Vd. único autor de esa criatura!

—¿Qué criatura?

—Hágase Vd. de buenas. ¿A qué vengo yo aquí?

—Hombre, Vd. viene á tratar conmigo de la mina...

—No es mala mina. ¡Y la madre! ¿Dónde está la madre? ¡Infeliz madre! A Vd. no le gustarán las mujeres propias, pero las ajenas parece que no las escupe...

D. Longinos cogió la botella de Jerez.

—No beba Vd. más, dijo; su cabeza está perdida.

—¡Pero, señor, de qué se extrañará este viejo! ¿No es de Vd. la niña?

—¿Qué niña?

—La que se llevó la Tuerta.

—¿Qué tuerta?

—La nodriza.

—¿Qué nodriza?

—La que está en Carabanchel.

D. Longinos no pudo resistir más: colocó una silla entre él y Joaquin, al que tomó por un loco, y tratando de

EL TEATRO POR DENTRO.



—Caballero, ¿tiene Vd. la bondad de echar esta corona á la tiple?
 —¿Yo?
 —No tenga Vd. cuidado, está pagada.

—¡Bravo, bravo.
 Ella.—¡Oh, oh!
 Un observador.—¡Lo que es el entusiasmo!

engañarlo para que se marchase, añadió por lo bajo:
 —(¡Pobre jóven, está rematado! Voy á ver si consigo que se vaya, fingiendo acomodarme á sus locuras.) Sí señor, sí, todo eso es cierto, estamos conformes, y si usted me lo permite... voy... me espera la comida...
 —¿Sabe Vd. que es Vd. una fiera! Pues no piensa en comer cuando está ahí la hija de sus entrañas, ahí, detrás de esa puerta; cuando bastaría una voz para...
 —(No le abandona esa idea.)
 —Yo en lugar de Vd. hubiera llamado á la madre y le hubiera dicho: «Mira, Manuela, da gracias á este caballero por habernos traído la niña...»
 —¡Manuela!... ¿qué dice Vd. de Manuela?... Manuela se llama el ama de esta casa... añadió el viejo creyendo adivinar el objeto de la visita de su interlocutor.
 —Naturalmente, por eso vengo yo: figúrese Vd. que la tal doña Manuela le dió, hará come unos diez días, su hija á la nodriza la Tuerta, y esta se juntó en una posada con mi nodriza, digo, la nodriza de mi hijo; allí cambiaron sin querer los niños; mi nodriza, que vive en Ocaña, se llevó la hija de doña Manuela, y la Tuerta, que vive en Carabanchel, se llevó el de este servidor de usted. Yo he deshecho el error; pero como la Tuerta duda, me ha sido forzoso venir con ella á esta casa para que los padres le autoricen á deshacer el cambio.
 El pobre viejo, al oír esto, se dió un fuerte puñetazo en la frente. Como su idea fija era la de pensar mal de las mujeres, no necesitó más para formar una opinión poco favorable de Manuela.
 —Jóven, dijo despues D. Longinos, espero que usted me [perdone... Ahora lo voy comprendiendo todo. Yo esperaba un sugeto que me tiene que hablar de un negocio de minas, y le tomé á Vd. por él.
 —Una vez que me hace Vd. justicia, puede Vd. dejar la botella encima de la mesa.
 —Enhorabuena. Y si Vd. quiere otra copita...

—Muchas gracias, no bebo más.
 —Conque Manuela tiene una niña... Caballero, compadézcame Vd... Acabo de llegar á Madrid, y no estoy acostumbrado á esta perversion de costumbres. Esta es una casa de huéspedes, y el ama, que es la tal Manolita, está soltera... Figúrese Vd., figúrese Vd. cómo anda el mundo.
 —Le compadezco á Vd., anciano inocente y puro.
 —Sentémonos.
 —¡Ajajá!
 —Vamos á cuentas: puesto que Manuela tiene un hijo...
 —No, una hija...
 —Lo mismo da.
 —No da lo mismo. Pues esa ha sido la equivocacion y el motivo de mi visita.
 —Bueno, adelante. Lo que debe estar fuera de toda duda es que esa criatura debe tener un padre.
 —Sí, échele Vd. un galgo.
 —¿Por qué?
 —¿No dice Vd. que ella es soltera?
 —Sí, pero en la casa vive mi sobrino.
 —¿Se llama Severiano?
 —Justamente.
 —Pues ese es el padre. Me lo ha dicho la Tuerta, solo que yo me creía que Vd. era D. Severiano.
 —Me llamo D. Longinos, para servir á Dios y á usted.
 —Por muchos años lo uno y lo otro.
 —¡Severiano! ¡Mi sobrino Severiano faltando así á sus deberes! ¡Si lo decía! Si esa mujer no podía traernos nada bueno. ¡Ah, mujeres, mujeres! Pero esto debe tener un término.
 D. Longinos se paseaba furioso de un lado á otro de la habitacion, mientras Joaquin echaba mano á la botella de Jerez.

—Aviseme Vd. así que se le haya pasado la furia, dijo al pobre viejo, que ya no le escuchaba, al propio tiempo que llevaba á sus labios otra copita.
 —D. Longinos continuaba absorbido.
 —Es preciso, se decía, poner remedio á este escándalo. ¡Oh, Dios mio, qué idea tan feliz me ocurre! Caballero, sírvase Vd. esperarme aquí, que pronto vuelvo.
 Dicho esto, D. Longinos tomó el sombrero y la capa, y salió apresuradamente.
 Una vez fuera del cuarto, lo primero que vió fué á Vicenta Rubiales, que estaba sentada en el recibimiento con el niño de D. Joaquin en brazos.
 —¡Deme Vd. esa criatura!
 —¿Para qué, señor?
 —Luego lo sabrá Vd.
 Y sin que la nodriza se diera cuenta, el viejo cogió el niño de Joaquin, lo tapó con la capa y echó á correr la escalera abajo.
 —¿Qué hago? preguntó Vicenta á la Tuerta, que como estaba en el otro extremo no la habia visto D. Longinos.
 —¿Qué has de hacer, tonta? Esperar á que salga el señorito, y él te dirá lo que hace al caso.
 Joaquin habia quedado un momento solo: viendo que el viejo tardaba, quiso salir, pero se presentó Manuela diciendo:
 —Ya está la comida. ¡Ah! perdone Vd., creí que era D. Longinos.
 —Acaba de salir, señora. ¿Es Vd. el ama de la casa?
 —Sí señor.
 —¿Se llama Vd. Manuela?
 —Sí señor.

Luis Rivera.

(Se continuará.)

MURMULLOS.

Segun cuentan los periódicos, dos jóvenes amantes se embarcaron para evadirse de la tiranía de sus papás.

El capitán del buque, que no queria llevar contrabando, despues de interrogarlos, llamó al cura y los casó á la fuerza.

Por eso no se embarcan ya los hombres, ha dicho una lectora de *La Correspondencia*.

El maestro Rossini ha escrito un coro para el gran festival que va á celebrarse en Paris, y en el que tomarán parte cinco ó seis mil cantantes.

El coro se titula *¡Bebamos! ¡Bebamos!*
¡Eche Vd. botellas! Los ingleses piensan, por lo ménos, tomar una gran parte en la fiesta.

Hay en Madrid ¡y en estos tiempos! un buen señor que se propone, segun dice un prospecto que tengo delante:

- 1.º Restañar las heridas del fratricidio nacional.
- 2.º Atraer á un fin comun de creencias políticas á los hombres eminentes de todos los partidos.
- 3.º Fomentar las artes, el comercio, la industria y los demás ramos de la riqueza pública.

Y 4.º Solidificar los principios de *libertad* y de *progreso*, basados en un constitucionalismo filosófico.

Todo esto en cincuenta entregas de á real.
—¿Y quién es él?
—Un doctor homeópata.
—¿Pues ya necesita globulillos para lo que se propone curar!

—¿Conoce Vd. la *santonina*?
—¿Está en el Almanaque?
—No señor, en las boticas.
—¡Ah! ya, es una droga...
—Una sustancia que hace á los que la toman ver todo lo encarnado de un color verde.
—Es la droga más útil que conozco.
—¿Para qué?
—Para que la vergüenza no ofenda á la vista.

Los Sres. de Marco, muy conocidos en la república de las letras, reciben á sus amigos los martes.—y los demás días suscripciones á su lindo periódico *El Angel del hogar*.

Cada reunion es un número hablado del periódico: hay modas y versos.

¡Ah! se me olvidaba... los señores de la casa hacen los honores con su proverbial amabilidad.

El Artista, periódico de teatros, para recomendar á una cantante, dice entre otras cosas, que es *infatigable*.

Bien es verdad, que este periódico mismo desea que enviemos á la Exposicion de Paris la orquesta del teatro Real.

Yo, de enviar, enviaria una murga, que es lo más original en música que tenemos en España.

—Decididamente Eguilaz no conoce la Bolsa.
—¿Por qué lo dice Vd.?
—Porque ha querido pintar un banquero y le ha salido un chalan.

Con usureros como los de la comedia de Eguilaz, no habria en el mundo Deuda consolidada, ha dicho un agente.

Con efecto, aquellos usureros son tontos. Es lo más difícil que ha hecho Eguilaz en su vida.

La otra noche entraron en un café un caballero particular y un trabajador.

El primero convidaba al segundo.
El caballero se quitó el sobretodo y lo colgó.
—Pues yo no he de ser ménos, dijo el operario.
Y quitándose la chaqueta la colgó y se quedó en mangas de camisa.

El Jardin, periódico que brota en Madrid, ha regalado á sus suscritores una fotografia de la Puerta de Alcalá, y se dispone á regalarles en seguida el retrato de cuerpo entero del Papa Pio IX.

—¿Qué es un mulato? preguntaba una modista á otra mientras le daban á la aguja.

—¡Toma! le respondió una amiga, nacer de madre blanca y padre negro.

—Entonces yo lo soy; porque mi papá era carbonero.

Blas Perez.

CABOS SUELTOS.

De cuantos Juanes se citan, ya presentes, ya pasados, uno hay que vale por todos, y voy al punto á probarlo.
No es aquel *Juan de las Viñas* idolo de los muchachos, ni es Juan Lanás, ni es don Juan Martín, el Empecinado.
No es tampoco Juan Tenorio, ni Juan, el apóstol santo, ni Juan Colchon, el de Serra, ni el listo don Juan de Cárcamo.
No es Juan Diente, el asesino, ni es el pobre Juan Soldado, ni el señor don Juan de Robres, ni Juan de Mata, el beato.
¿No acierta quién es ninguno? Pues bien; es don Juan de Castro. Él, sin ser músico, ha hecho un himno que fué un escándalo; sin ser médico, discurre sobre el laríngeo aparato, y por fin, sin saber jota del idioma castellano, es hoy director y dueño del *Diario de Teatros*, periódico que sostienen comerciantes y empresarios, y que, con darse de balde, á todos parece caro.

Lo ménos son ya tres ó cuatro las sociedades que se disponen á llevar viajeros á la Exposicion de Paris, dándoles por un precio módico todo cuanto pudieran desear.

Yo sé de una que se está formando, la cual ofrecerá á sus abonados, por una onza, lo siguiente:
Billete de ida y vuelta, valedero por quince dias.
Casa, comida y coche.
Cafés, teatros y visitas á la Exposicion.
Un traje completo, ó una suscripcion al *Petit Journal*, á elegir.

La sociedad no les exigirá en cambio más sino que, durante dos horas diarias, se consagren á su servicio.
Hay quien cree los dedicará á robar pañuelos.

Un fabricante de corbatas en esta córte, despues de anunciar un gran surtido, anuncia tambien que se han rectificado los precios, que son *fijos y agradables*.

La literatura del *Diario de Teatros* hace cada dia nuevos prosélitos. ¡No le bastaba á D. Juan de Castro escribir música!

Un pintor muy afamado hizo el retrato de Julia y sorprendió á la tertulia por estar muy bien pintado.
Mas repuso muy formal un chusco de buen humor: —Yo creo que está mejor pintado el original.

Nuestro amigo y colaborador el jóven poeta Ernesto G. Ladevese ha dado á luz una linda coleccion de *Baladas y cantares*, formando un elegante volumen que se vende á 6 rs.

Un paleta asistió ayer al concierto de Barbieri en el Circo del Príncipe Alfonso.

Un amigo que le acompañaba, viendo que el paleta se dormia, trató de distraerlo, y al efecto le dió á leer el programa.

Mientras leia, el buen paleta iba cerrando los ojos.
—¿Qué pieza te gusta más de las que están en el programa? preguntó el amigo.

—La que se llama *Descanso de quince minutos*, contestó el paleta.

Con ojos como luceros, la Teodora, caballeros, debe de ser de Alcorcon.
—¿Por qué?
—Por la perfeccion con que sabe hacer pucheros.

Nos parece muy bien el pensamiento que trata de realizar una *empresa* titulada de *Subsistencias*, la cual se propone, en beneficio de sus suscritores, abaratar los artículos de primera necesidad hasta el último limite posible.

Los pormenores de esta empresa se encuentran en el prospecto que no podemos insertar por su estension, pero que merece fijar la atencion del público.

La administracion central está en la plazuela de Santa Ana, 10, principal.

Tambien los maquinistas y fogneros de los ferro-carriles de Inglaterra amenazan con la *greve*, ó sea el retraimiento, sino se les sube el sueldo.

La Lealtad busca el origen del miríñaque en una reina de Inglaterra que queria ocultar cierto misterio á los ojos profanos.

¡Siempre ciertos hombres pensando en ciertas cosas!

Austria envia á la Exposicion universal dos cuadros representando las batallas de Custoza y de Lissa.

Por su parte, Prusia se encargará de enviar otro sobre la batalla de Sudowa, y *pata*.

Hablando de la comedia *Quiero y no puedo*, dice el *Diario de Teatros* que llamó la atencion el *amueblamiento*.

Esta gracia no puede tomarla de nadie el *Diario de Teatros*: es original.

El que dice amueblamiento en vez de decir mueblaje, debe tener un talento... —pero talento salvaje.

Un periódico ha traducido el artículo que el escritor francés Mr. Latour ha publicado con pretexto de las poesías de D. Fernando de Gabriel y Ruiz Apodaca, y en el fondo más bien para rendir tributo á los cantores del pasado.

En el artículo del Sr. Latour se ve la tendencia á burlarse de las ideas liberales, y á defender á Fernan Caballero de la justa acusacion de Ferrer del Rio, cuando dijo que aquel novelista sevillano (ó sevillana) pretendia *reconstruir* lo pasado.

Como españoles, agradecemos á Mr. Latour la imparcialidad y buena fé con que trata á España; pero lamentamos que solo vea y juzgue á nuestros poetas á través de sus ideas políticas, ó de sus amistades personales.

Mr. Latour conoce la literatura española antigua; pero aparenta desconocer la moderna, y solo toma la pluma para elogiar á algun amigo.

Ha empezado á publicarse en Madrid un periódico político titulado *El Imparcial*.

Como compañero, debemos saludarlo deseándole buena suerte.

Diremos además que está bien escrito, bien hecho y bien sentido; ó lo que es lo mismo, bueno, bonito y barato.

Además firma los artículos.

En Francia se trata de averiguar el modo de engendrar el sexo que se quiera.

Si los sabios se salen con la suya, los matrimonios tendrán hijos ó hijas segun sus caprichos.

Caso de descubrirse, tememos que el miedo á la quinta en Francia nos dé una estadística de hembras sobrado abultada.

CONCIERTO DE GIL BLAS,

imitacion de los conciertos de Barbieri, funcion para cualquier dia con tal de que llueva.

1.º *La muerte* del teatro del Circo, compuesta por los amigos del arte y de las casas limpias.

2.º *Gli speranzi perdutti*, motete á puerta cerrada por el mueblista de la zarzuela.

3.º *Muller amabilis*, solo de violon por un marido escamati.

4.º *Alegro y Es-queso* de la sinfonia en *mi*... espalda, por el maestro Bienteven.

5.º *Mira el pan caro*, imitacion de *Mira la blanca* luna, del maestro Canini, sin acompañamiento de comestibles.

6.º *El pendon del tio Aquel*, sinfonia en *do* por el maestro *Malasyerbas*.

7.º y último. *Abertura* de bolsillo, solo de Cuaresma.

PASATIEMPO.

Solucion al Geroglífico del número anterior:—*En febrero busca la sombra el perro*.—Charada: *Benavente*.

CHARADA.

Primera y terciá pidió mi todo á prima y segunda, y por medio de Facunda terciá amable le envió.

ANUNCIO.

BAZAR DE CALZADO.

Calle de la Montera, núm. 2.

Gran surtido para caballeros, señoras y niños; calzado de becerro de una y dos suelas, de vaca, de charol y saten, charol y chagren, becerrillo fino y cabritilla, etc., etc. Lo más elegante de construccion alemana. Precios moderados.

Editor responsable, D. JOSÉ PEREZ.

MADRID: 1867.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA 27.